

JMJ(CIBELES Y CANALETES)

Padre Pedro José Ynaraja

Tendría once o doce años cuando mi padre me llevó a conocer Madrid: El Prado, el Retiro, el Sol, la Cibeles... De aquel viaje no recuerdo más que la pintura negra de Goya, que me fascinó. Algo más tarde conocí Barcelona, me enseñó él la inacabada iglesia de la Sagrada Familia, el Tibidabo, la Fuente de Canaletas... esta última, ni fu ni fa. Lo mismo que me había pasado con la Cibeles. Han pasado años y ambas me son indiferentes. De otra manera pensaría, si fuera aficionado al fútbol. Hay que vivir, me dicen, un triunfo del R. Madrid, para entender la furia local y la necesaria protección policial del monumento. Hay que saber lo que es la "rauxa" catalana, para comprender la que se arma el día que triunfa el Barça. Y que nadie venga con filosofías trascendentales queriendo dar sentido al fenómeno. Hay que estar dentro, para sintonizarlo.

Quien quiera entender algo de las JMJ de Madrid, que no acuda a comentaristas foráneos, a quien habla por lo que deduce de informes o postulados previos, que no puede asegurar por experiencia que allí se cumplían. Se comentan fenómenos que no promovieron algarabías y se ignoran o callan otros que fueron inauditos.

Sí, sí, escuché en algunas ocasiones vítores al Papa, que podían interpretarse como histerismo de masas. Vi banderas y pancartas. Reconozco que las primeras me hacían gracia. Ondeaban las de Brasil y me recordaban a los amigos que allí viven o que fueron como respuesta a su vocación cristiana. Cuando vi la de Andorra me entraron ganas de acercarme a quien la enarbolaba, por el cariño que siento hacia esta encantadora nación. Las Francia, Italia y las hispano americanas, del sur y del Caribe, todas motivaban mi emoción. Pese al exclusivo significado de cada una de ellas, no se comportaban quienes las levantaban con nacionalismo exclusivista. En este fenómeno participaban casi dos millones de personas. Todo un record, digno de aparecer en el Guinness, como se dice vulgarmente.

Había rezado intensamente con anterioridad, por el éxito de las JMJ y por la salud y bien hacer del Papa, de manera que creí podía permitirme ser un exclusivo observador, leal a la credencial que, en grandes letras, decía PRESS-redactor (sin olvidar en casa la plegaria litúrgica cotidiana). No podía alejar de mi mente experiencias anteriores y compararlas con lo que me rodeaba. A mi memoria acudía Roma, Taizé, Jerusalén, Nazaret, Lourdes... Hablo de estancias, no de fugaces visitas. Añoraba entonces los silencios de Taizé. Son impresionantes. Lo que no imaginaba yo, es que a alguien se le ocurriera proponer que el homenaje a Benedicto XVI, el saludo a su ingreso en la gran explanada de Cuatrovientos, fuera un reverente silencio. Me pareció imprudencia proponerlo y mucho más que se hiciera un ensayo antes de que llegara el Papa. Me equivoqué. A la entrada y en ciertos momentos de la misa se hizo mutis total. Es curioso que los sabios progres que deducen teorías de los errores de tal encuentro, no he leído que ninguno

mencione este sonoro silencio, comparable únicamente con el solemne nocturno del desierto.

La otra sorpresa fue la alegría. Veía yo a las atractivas chicas sin pizca de vanidad caminar o correr, sin que en miradas o ademanes se vieran gestos insinuantes. No observaba las típicas parejitas cogidas de las manos. Pensaba yo: ¡cuantos de ellos deben estar enamorados y uno no sabe distinguirlos! ¡Cuantos de ellos han iniciado nuevas amistades y no se nota!. Para satisfacer necesidades fisiológicas, me toco atravesar el apretado y numeroso grupo de obispos, los vi a todos muy serios. Era de esperar, a pocos se les contagia la sonrisa papal. Mis compañeros de celebración, dicen que éramos 14000, se les veía conscientes de que habían traído de sus parroquias o grupos, un montón de jóvenes, traslucían responsabilidad, era lógica su actitud. Pero los demás, pongamos más de millón y medio de jóvenes alegres, eso sí fue un record que con seguridad habrá anotado San Pedro en su Guinness celestial. Tampoco de este gozo, sacan conclusiones los malhumorados comentaristas progres.

Padre Pedro José Ynaraja